

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/326421>

SANMARTÍN ESPLUGUES, J. y GUTIÉRREZ LOMBARDO, R. (2017). *Técnica y ser humano*. México: Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano.

Tecnología y ser humano: ¿quién domina a quién?

Hoy en día la tecnología es una realidad que cada vez ocupa un mayor espacio en nuestras vidas. El peso que está adquiriendo en nuestro día a día crece continuamente, y justo en esa medida se está convirtiendo en un asunto que no podemos dejar al margen. A causa de esa relevancia, a su estela se están generando continuamente nuevas cuestiones y sus consecuentes debates, que es preciso atender debidamente. Las nuevas tecnologías ya no son tan nuevas, sino que se erigen en una especie de segunda (o tercera) naturaleza cuyas consecuencias revierten inexorablemente sobre el ser humano, considerado tanto a nivel individual como social. Nuestro comportamiento en el siglo XXI se ve necesariamente alterado por el *modus operandi* propiamente tecnológico: rapidez, instantaneidad, superficialidad, anonimato... todo lo cual no redundando precisamente en favor de unos valores de convivencia sólidos y arraigados sino, seguramente de modo más frecuente, en todo lo contrario: desconfianza, narcisismo, agresividad...

Si bien hoy es lugar común, más extraño era pensar sobre estas cuestiones hace veinte años, época en la que el Centro Lombardo Toledano organizó un encuentro sobre Ciencia, Tecnología y Sociedad, precisamente para hablar del impacto social y ético de las nuevas tecnologías. Aunque este libro no

recoge estrictamente lo allí expuesto, sí que es fruto del mismo, en el sentido de que se enmarca en una línea de trabajo que dicho centro de estudios no ha dejado de seguir e impulsar.

Efectivamente, los problemas éticos y sociales de las tecnologías no sólo no se han reducido, sino que han crecido vertiginosamente. Y hoy en día no hay un debate sólidamente establecido. A ello pueden haber contribuido distintos factores. En primer lugar, la inmediatez del hecho, es decir, encontrarnos en presencia actual de la problemática suscitada lo que, si por un lado ofrece una dimensión experiencial fresca y rica, por el otro y precisamente debido a ello, dificulta una mínima toma de distancia que permita una visión más objetiva. En segundo lugar, podríamos hablar de la rapidez y diversidad de los avances tecnológicos, así como de sus amplias posibilidades de aplicación, lo que hace que sea difícil establecer y delimitar cuestiones de debate más o menos concretas, así como alcanzar un mínimo de serenidad exigible a una reflexión adecuada. Por último, debido a que todas las dimensiones humanas están afectadas, las cuestiones suscitadas confunden los distintos planos o ámbitos disciplinares desde los cuales abordarlos: hablamos de ética y sociedad, pero también se podría hablar de economía, salud, política, deporte... en fin, tantos y tantos ámbitos cuya simultaneidad complica un análisis filosófico riguroso.

Pero dicho lo dicho, no por ello hemos de escatimar esfuerzos en la reflexión. Quizá pueda ayudar a centrar la problemática el articularla alrededor de aquello que, en definitiva, la subyace, a saber: su repercusión sobre nosotros, sobre ese ser humano cuya dignidad y valor se encuentran no pocas veces comprometidos en favor del ¿desarrollo? tecnológico. Se da por hecho que un crecimiento tecnológico revierte necesariamente en el desarrollo de la humanidad, pero habría que plantearse si esto es así. Por lo pronto, y, si no se quiere caer en afirmaciones precipitadas, habría que plantearse qué se entiende por desarrollo; no sea que lo que le espera al ser humano sea finalizar sus días siendo devorado por la criatura que él mismo creó, con la esperanza de un mundo prometeico en el que quizá difícilmente pueda alcanzarse la tan ansiada felicidad, al moverse en un cuadro de coordenadas ajeno a aquel en el que podría hallar siquiera algún vestigio de su auténtico ser.

Una dimensión de lo humano, no ‘la’ dimensión

La técnica no es algo extraño para nosotros, todo lo contrario: es algo que existe desde que el hombre es hombre. Incluso —tal y como explica Ortega y Gasset— la aparición de la humanidad está íntimamente vinculada a la técnica: es un elemento o una dimensión que le pertenece intrínsecamente. No se trata de que el hombre fuera hombre, y en un momento dado, empezara a fabricar utensilios y artilugios, sino que el hombre apareció como tal ‘a una’ con sus capacidades técnicas. A pesar de esta intimidad, no por ello deja de ser algo complejo, que debe ser abordado desde las distintas dimensiones humanas que se ven afectadas: desde sus repercusiones vitales hasta nuestra caracterización como especie, sin olvidar la

dimensión social; aspectos que, felizmente, vienen a componer las tres partes en que se haya dividido este libro.

Este complejo ámbito está extensamente explicado por Jacinto Choza en el primer capítulo de la obra en el que, desde una perspectiva antropológica, nos introduce en la conceptualización de lo que es la técnica, y nos describe la progresiva relevancia que ha ido teniendo en la humanidad, desde sus orígenes hasta la actualidad. ¿Qué papel juega la técnica en la vida humana?, ¿por qué es tan importante para nuestra especie? O, antes que eso: ¿qué es técnica? ¿Cabe incluir en su seno lo meramente operativo, o habría incluir también los productos de otros ejercicios de la razón, tales como los sistemas normativos o institucionales? En este sentido, el autor explica cronológicamente los distintos lugares que ha ido ocupando la técnica en la sociedad humana a lo largo de la historia: desde el neolítico, marcado por la ‘simultaneidad de los presentes’, hasta la época decimonónica, cuando se produce un avance vertiginoso de la actividad científica que cristaliza ya en el siglo XX.

El conflicto entre este avance vertiginoso y su repercusión social, queda perfectamente reflejado y analizado en el capítulo de José Sanmartín, quien se cuestiona si todo este sobre-conocimiento, o quizá, mejor dicho, sobre-información, que maneja el ser humano, no revierte en una tergiversación o en un olvido de lo específicamente humano. No faltan quienes reducen nuestra identidad a una mera combinación de procesos neurales; no faltan quienes entienden al ser humano, ese ser frágil y mortal, susceptible de ser sustituido por un ser post o transhumano. Pero como muy agudamente dice el autor, quizá toda esa ansia de trascender nuestra propia especie se articule alrededor de una carencia en lo que se refiere a saber qué significa ser persona, en qué consiste

eso tan cotidiano como es vivir. Pendientes como estamos del bienestar, nos olvidamos del 'bien-estar', de modo que el primero nos impide el acceso al segundo. La respuesta de Sanmartín es clara y tajante: «Pues bien, no hay vía más rápida hacia el hastío y la infelicidad que la maximización del placer». Porque más que maximizarlo, hay que optimizarlo sin perder de vista otras realidades humanas, como la simpatía, la compasión... Es según estas categorías que cabe situar un proyecto humano dotado de sentido, ya que nos permiten establecer cierta distancia ante las nuevas 'necesidades' generadas por la propia tecnología, la cual necesita ser consumida más y más sencillamente para poder subsistir. Es por ahí por donde se puede buscar la felicidad humana, trascendiendo el placer y el bienestar a ras de tierra, para elevarnos sobre nuestro entorno primario y sobre nosotros mismos y así descubrir compasivamente tanto al otro como a la realidad que nos rodea.

Pero, ¿acaso no somos humanos?

Raúl Gutiérrez Lombardo se centra en uno de los aspectos destacados por Sanmartín, pero desde un punto de vista biológico: el que se refiere a nuestra especificidad humana en tanto que seres vivos, dando entrada a la segunda parte del libro dedicada a la naturaleza humana. Es evidente que poseemos un 'algo' distintivo desde el momento en que «somos los únicos monos preocupados constantemente en averiguar qué clase de monos somos, o, dicho en términos técnicos, de explicar nuestra conducta». Efectivamente, esto es algo que sólo hacemos los 'monos humanos'; la cuestión es cómo conceptualizar esta capacidad específicamente humana. El autor se sitúa en la concepción *transformacionista*, que implica una adaptación al medio, pero «por

la manipulación tecnológica del ambiente». ¿Qué quiere decir exactamente? Pues que la evolución biológica se ha trascendido a sí misma mediante la evolución cultural, producto en primera instancia de aquélla, y causante a su vez de esta segunda evolución. La especificidad humana hay que entenderla en términos de cultura, no sólo de *Homo sapiens* sino también de *Homo creator*. En este sentido, se puede distinguir dos planos en el ser humano: el biológico (fuertemente desarrollado en la actualidad por la investigación neurocientífica) y el cultural, con una correlación entre ambos indiscutible. Lo que ya es más discutible es el modo de articular dicha correlación, debate en el que se sitúa el autor.

Este enfoque del ser humano pone en entredicho un concepto clásico en referencia a la especie humana: el de *naturaleza humana*, al que Antonio Diéguez dedica el siguiente capítulo. Este concepto es clave para comprender adecuadamente las tendencias transhumanistas que hoy en día están cobrando actualidad. ¿Tiene sentido en una época como la actual, 'debilitada metafísicamente', seguir hablando de un concepto tan 'fuerte' como naturaleza humana? De la respuesta que se dé a esta cuestión dependerá en mayor o menor medida que la argumentación transhumanista se muestre sólida o no. El autor, especialista en la reflexión sobre el transhumanismo, explica con detalle el origen y los principios de dicho modo de pensar, así como las causas de su popularidad: ¿quién no quiere vivir eternamente?, ¿quién no quiere vivir sin sufrimiento?, ¿quién no quiere una vida paradisíaca? Según parece, todo eso será posible alcanzar por las técnicas transhumanistas. O por lo menos eso se nos dice. Aunque más allá de si efectivamente eso será posible algún día, podríamos pensar si esos adelantos conseguirán efecti-

vamente personas más felices, o no (tal y como nos explicó José Sanmartín).

El concepto de naturaleza humana tampoco es para Alfredo Marcos un concepto baladí. Si lo que en definitiva se pretende con el posthumanismo y el transhumanismo es mejorar al ser humano, ¿cómo podemos saber que lo estamos haciendo si no partimos de un parámetro de referencia, que sería la propia naturaleza humana? Marcos, en el siguiente capítulo, aboga por un concepto de naturaleza humana, «según el cual podamos decir sí a una técnica humanizada y humanizante y no a la disolución técnica de lo humano». El origen del presente conflicto, de la disolución del concepto de naturaleza humana, Marcos lo establece en la confluencia de dos circunstancias: en el aumento de la posibilidad de intervenir técnicamente sobre nosotros mismos y en la naturalización de la filosofía y de la antropología. Porque si, en definitiva, el ser humano no es sino otro objeto más de la naturaleza, ¿por qué no intervenir directamente sobre él? Cristaliza aquí el problema que tradicionalmente se polariza entre un reduccionismo biológico y un moralismo dogmático.

Esta segunda parte la cierra Jean Gayon, ofreciendo una última perspectiva sobre la naturaleza humana a la luz del entorno en el que se encuentra, así como su responsabilidad para el resto de especies entre las que habita. Se trata de una preocupación, la ecológica, que «no nació en el campo de la investigación científica sobre la historia de la vida, sino por la constatación del deterioro de ese ambiente por el desarrollo técnico y demográfico de las sociedades modernas». El autor apela a la responsabilidad humana para el cuidado del planeta, responsabilidad que, como sabemos, se encuentra gravemente comprometida por intereses —digamos— no muy ecológicos. El asunto no es tanto conservar lo que ahora hay, sino

propiciar un cambio de actitud sensible con un respeto y un cuidado a la biodiversidad en sentido amplio. No es únicamente un problema estético o moral, sino un modo de entender al ser humano en coexistencia con el hábitat natural en el que se encuentra instalado.

Más allá del individuo: repercusiones sociales

Este enfoque ensancha el dilema de la acción humana a dimensiones de carácter social, motivo central de la tercera y última parte de este libro. La tecnología no sólo es algo instrumental que utiliza el ser humano, sino que ese uso revierte en nuestro modo de comportarnos y, lo que es más relevante, en nuestro modo de ser. Consecuencia de ello, tal y como nos hace ver Ramón Queraltó, nuestro modo de ejercer la razón se ve gravemente afectada, la racionalidad ejercida en un ámbito tan fuertemente tecnológico no puede ser igual que la ejercida en otras épocas o en circunstancias diversas. ¿Cuáles son, entonces las diferencias? Éste es el objetivo de estas páginas, enmarcando la tecnología en categorías tales como *eficacia operativa* o *autoexpansión*, que influyen necesariamente en el ejercicio de nuestra racionalidad, el cual reduce la realidad a un utensilio del que espera obtener la máxima eficacia; todo lo cual —y aquí es a dónde quería llegar Queraltó— tiene una influencia radical en la ética de esta nueva era tecnológica.

Una consecuencia patente de este tipo de racionalidad tecnológica es la que tiene que ver con la denominada *sociedad del riesgo*, una sociedad que no se sirve únicamente de la técnica, sino que vive ‘en’ ella, como nos explica José Antonio López Cerezo. La técnica nos ha permitido disfrutar de innumerables artefactos que utilizamos en nuestra cotidianeidad, pero a la vez esos mismos

artefactos nos crean innumerables situaciones de riesgo que, sin ellos, no existirían: energía nuclear, automóviles, productos químicos, contaminación, aviación... «La sociedad del riesgo no es otra sociedad; es la misma sociedad, pero mirada desde el lado de las sombras y las amenazas». Desde siempre el ser humano ha estado rodeado de riesgos que han puesto en peligro su vida. No obstante, los riesgos a los que estamos sometidos hoy en día a causa del gran desarrollo tecnológico, poseen unos caracteres específicos que deben ponerse de manifiesto, como su dimensión *catastrófica*, *individual*, o de *inevitabilidad*, por ejemplo.

Obvia decir que todo este entramado tecnológico influye y afecta a todas nuestras dimensiones sociales. No es raro, por consiguiente, que los dirigentes políticos echen mano de comités científicos para poder valorar decisiones que por lo general ellos no son capaces de analizar. Ana Cuevas y Sergio Urueña finalizan el libro hablándonos de la relación que pueda haber entre los científicos e ingenieros de toda índole con el grueso de la sociedad en primera instancia, y con el grupo político de turno en segunda; esto es, de la *comunicación de la ciencia*. El equilibrio que pueda haber entre el peso de lo político y social en las decisiones de un país y el peso de lo científico y tecnológico

no es fácil de alcanzar, así como en los equipos que deban tomar las correspondientes decisiones.

Un libro que hay que leer

Como se puede comprobar, existe entre los diferentes capítulos un nexo común, gracias al cual se puede abordar la problemática tratada desde diversas perspectivas: en tanto que individuos, en tanto que especie y en tanto que sociedad. El peso de la técnica en nuestras vidas es indudable; de nosotros depende que se apodere de nosotros, o que mantengamos todavía una autonomía moral y existencial que nos permita ser dueños de nuestras vidas, sin dejarnos caer en las redes prometeicas de un futuro mejor que nadie sabe muy bien en qué va a consistir, ni cómo se va a alcanzar, y lo que es más importante, si verdaderamente nos va a hacer más felices; ya que igual la felicidad humana —tal y como nos explica el profesor Sanmartín— no hay que buscarla en nuestra inmortalidad sino a lo mejor en algo mucho más cercano: en nuestro encuentro compasivo con el otro.

Alfredo Esteve Martín

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/352651>

VELASCO, Juan Carlos (2016): *El azar de las fronteras. Políticas migratorias, ciudadanía y justicia*, México: FCE, 320 pp.

Resulta innecesario, por superfluo, afirmar la plena actualidad de las migraciones internacionales contemporáneas como objeto específico de estudio de las ciencias sociales. No es, sin embargo, tan obvio, en principio, que éstas puedan ser también tema

de interés para una aproximación filosófica. Es más, la atención a lo político-concreto suele tenerse por distante de la discusión filosófica académica. La demostración de la falsedad de este *locus communis* es el primer mérito de la obra de Juan Carlos Velasco,